

Mark Twain

*Diarios de
Adán y Eva*

Extractos del diario de Adán

Título original: *EXTRACTS FROM ADAM'S DAIRY* (1893)

Lunes.- Esta criatura nueva de pelo largo es bastante entrometida. Siempre está dando vueltas a mí alrededor, siguiéndome a todas partes. No me gusta esto; no estoy acostumbrado a la compañía. Ojalá se quedase con los demás animales... está nublado hoy, hay viento del este; creo nos tocará lluvia... ¿nos? ¿De dónde saqué esa palabra? Ahora me acuerdo: la criatura nueva la usa.

Martes.- Estuve investigando la gran caída de agua. Es lo más lindo del lugar, creo. La nueva criatura la llama Cataratas del Niágara: el porqué no estoy seguro de saberlo. Dice que *parecen* la Cataratas del Niágara. Esa no es una razón, es mero capricho e imbecilidad. No tengo manera de ponerle yo el nombre a nada. La nueva criatura le pone nombre a todo lo que ese le aparece, antes de darme tiempo siquiera a protestar. Y siempre con el mismo pretexto: *parece* tal cosa. Por ejemplo, el dodo. Dice que no bien un o lo mira, se da cuenta de inmediato de que “parece un dodo”. No hay dudar de que tendrá que quedarse con ese nombre. Me fastidia tener que enojarme protestas cosas y, de todos modos, no tiene sentido. ¡Dodo! Se parece a un dodo tanto como yo.

Miércoles.- Me construí un refugio para la lluvia, pero no pude disfrutarlo en paz. La nueva criatura se entrometió. Cuando intenté echarla, dejó caer agua por los agujeros con los que mira, y se los limpió frotándose con el dorso de sus garras, y produjo un ruido como el que hacen algunos de los demás animales cuando están lastimados. Ojalá no hablase; está siempre hablando. Esto suena como una burla fácil a la pobre criatura, una difamación; pero no es esa mi intención. Nunca he escuchado antes la voz humana, y cualquier sonido nuevo y extraño que moleste la quietud grave de estas soledades de ensueño ofende mi oído y suena como una nota falsa. Y este sonido nuevo está tan cerca de mí: encima de mi hombro, justo en mi oreja, primero de un lado y después del otro, y yo estoy acostumbrado a sonidos más o menos lejanos.

Viernes.- La actividad de poner nombres a todas las cosas avanza de manera temeraria, a pesar de lo que yo haga. Tenía un nombre muy bueno para el lugar, era musical y elegante: JARDÍN DEL EDÉN. En privado sigo llamándolo así, pero no más en público. La nueva criatura dice que es todo

bosques y rocas y paisajes, y que por lo tanto no se parece en nada a un jardín. Dice que parece un parque, y no se parece en nada *sino* a un parque. En consecuencia, sin consultarme, le ha puesto un nuevo nombre: PARQUE DE LAS CATARATAS DEL NIÁGARA. Esto es el colmo de la arbitrariedad, creo yo. Y ya hay un letrero:

NO PISE
EL CÉSPED

Mi vida ya no es feliz como lo era antes.

Sábado.- La nueva criatura come demasiada fruta. Lo más probable es que se nos acabe. “Nos” otra vez: esa es la palabra que eso suele usar; también yo, ahora, al escucharla tanto. Mucha niebla esta mañana. Nunca salgo cuando hay niebla. La nueva criatura sí lo hace. Sale bajo cualquier clima, y entra chapoteando con los pies embarrados. Y habla. Este solía ser un lugar tan agradable y tan calmo.

Domingo.- Pasable. Este día va a ser cada vez más y más difícil. Fue seleccionado y puesto aparte en noviembre pasado como día de descanso. Antes tenía seis por semana. Esta mañana encontré la nueva criatura tratando de arrancar manzanas de aquel árbol prohibido.

Lunes.- La nueva criatura dice que su nombre es Eva. Está bien, no tengo objeciones. Dice que es para llamarlo cuando quiera que venga. Dije que era superfluo, entonces. Esta palabra, evidentemente, me hizo crecer en su estima; y es de veras una palabra grande, buena y digna de repetirse. Dice que ella no es un *lo*, es una *la*. Esto es dudoso; sin embargo me da lo mismo; no me importa lo que sea si ella me deja en paz y no habla.

Martes.- Ella trastornó todo el lugar con nombres execrables y letreros ofensivos:

POR AQUÍ, AL REMOLINO
POR AQUÍ, A LA ISLA DE LA CABRA
PARA LA CAVERNA DE LOS VIENTOS SIGA ESTE CAMINO

Ella dice que este parque sería un interesante lugar de veraneo, si existiese el hábito. Lugar de veraneo –esa es otra de sus invenciones–: sólo palabras, sin el menor significado. ¿Qué es un lugar de veraneo? Pero mejor no preguntarle, le apasionan las explicaciones.

Viernes.- Se le ha dado por implorarme que deje de tirarme por las Cataratas. ¿A quién le hago mal? Dice que le da escalofríos. Me pregunto por

qué; siempre lo he hecho, siempre me gustaron la zambullida y el frescor. Suponía que para eso estaban las Cataratas. No veo que puedan tener otra utilidad, y para algo deben estar. Ella dice que sólo fueron hechas como decorado. Como los rinocerontes y el mastodonte.

Salté por las Cataratas dentro de un barril: no le gustó. Salte en un balde. Tampoco le gustó. Nadé en el remolino y en los rápidos con un traje de hoja de higuera. Se dañó bastante. Desde entonces, fastidiosas quejas acerca de mis extravagancias. Me siento bastante atado aquí, lo que necesito es un cambio de escenario.

Sábado.- Me escapé el último martes a la noche, y viajé dos días, y me construí otro refugio en un lugar aislado, y borré mis huellas lo mejor que pude, pero ella me siguió por medio de un abestia que ha domesticado y que llama lobo, y vino haciendo otra vez ese ruido lastimero, y dejando caer agua por los agujeros con los que mira. Me vi obligado a volver con ella, pero pienso volver a emigrar en cuanto se presente la oportunidad. Se empeña en hacer cosas tontas: entre otras, a investigar por qué los animales llamados leones y tigres viven del pasto y de las flores cuando, según ella dice, su tipo de dientes indicaría que están destinados a comerse los unos a los otros. Esto es una tontería, porque de hacerlo se mataría los unos a los otros y eso daría lugar al o que, según entiendo, se llama "muerte"; y la muerte, según me han dicho, no ha llegado aún al Parque. Lo que es una pena, en cierto sentido.

Domingo.- Pasable.

Lunes.- Creo entender para qué se hizo la semana: para dar tiempo a descansar de la fatiga del domingo. Parece una buena idea... Ella estuvo trepándose a ese árbol de nuevo. La bajé. Dijo que nadie estaba mirando. Parece creer que eso es justificación suficiente para correr cualquier riesgo. Se lo dije. La palabra justificación le causó admiración, y también envidia, creo. Es una buena palabra.

Martes.- me dijo que ella fue hecha de una costilla sacada de mi cuerpo. Esto es por lo menos dudoso, por no decir más. No he perdido ninguna costilla... Tiene bastantes problemas con el buitre; dice que no le gusta el pasto; teme no poder criarlo; cree que fue hecho para alimentarse de carne podrida. El buitre debe arreglárselas lo mejor que pueda con lo que hay disponible. No podemos trastornar todo el esquema para complacer al buitre.

Sábado.- Se cayó en el estanque ayer mientras se contemplaba en él, que es lo que siempre está haciendo. Como se asfixia, y dijo que era muy molesto. Esto lo hizo sentir pena por las criaturas que viven allí, a las que

llama peces: sigue poniéndole nombres a cosas que no lo necesitan y que no vienen cuando uno los llama por esos nombres, lo cual no tiene para ella la menor importancia. Es tan bobalicona, de todos modos: así es que sacó un montón de ellos y los trajo anoche y los puso en mi cama para que estuvieran abrigados, pero me he fijado en ellos de vez en cuando a lo largo del día y no vi que estuviesen más felices que antes: sólo más quietos. Cuando llegue la noche, les voy a tirar afuera. No voy a volver a dormir con ellos: me resultan pegajosos y desagradables, acostado entre ellos sin nada encima.

Domingo.- Pasable.

Martes.- Se la agarró con una serpiente ahora. Los demás animales están contentos, porque siempre estaba experimentando con ellos y molestándolos; y yo estoy contento porque la serpiente habla, y eso me permite descansar.

Viernes.- Dice que la serpiente le aconseja probar la fruta de aquel árbol, y dice que la consecuencia será una enseñanza grandiosa y bella y noble. Le dije que podría tener, además, otras consecuencias: dejaría entrar la muerte al mundo. Eso fue un error (hubiese sido mejor guardarme esa observación); sólo sirvió para darle una idea: podría salvar al buitre enfermo y proveer de carne fresca a los leones y tigres desesperanzados. Le aconsejé mantenerse lejos del árbol. Dijo que no lo haría. Preveo problemas. Voy a emigrar.

Miércoles.- He tenido unos días complicados. Me escapé anoche, y anduve toda la noche a caballo lo más rápido que pude con la esperanza de desaparecer del Parque y esconderme en algún otro lugar antes de que el problema comenzase: pero no pudo ser. Alrededor de una hora después de que el sol se levantó, cabalgaba por un prado en flor en el que miles de animales pasteaban, dormitaban o jugaban entre sí, cada cual según su gusto; de repente, estallaron en una tempestad de ruidos amenazantes, y en un instante el prado fue una conmoción frenética en la que cada bestia destruía a su vecino. Sabía lo que eso significaba: Eva había comido de esa fruta, y la muerte había llegado al mundo... Los tigres se comieron a mi caballo, sin prestarme atención cuando les ordené detenerse, y me hubiesen comido a mí si me hubiese quedado, cosa que no hice, sino que me fió lo más deprisa posible... Encontré este lugar fuera del Parque y era lo bastante confortable como para unos pocos días, pero ella me descubrió. Me descubrió, y llamó al lugar Tonawanda: dice que *parece* eso. En realidad, no lamenté su llegada, porque no hay por aquí más que unos restos de comida escasos, y ella trajo algunas de esas manzanas. Me vi obligado a comerlas de hambriento que estaba. Era en contra de mis principios, pero creo que los

principios no tienen verdadera fuerza, excepto cuando uno está bien alimentado... Ella vino envuelta en ramas y en manojos de hojas, y cuando le pregunté qué significaba ese disparate, y se los arranqué y los arrojé lejos, se rió entre dientes y se ruborizó. Nunca había visto antes a una persona reírse así y ruborizarse, y me pareció indigno e idiota. Ella dijo que pronto lo sabría por mí mismo. Era cierto. Hambriento como estaba, dejé la manzana a medio comer –por cierto, la mejor que había probado, teniendo en cuenta lo tardío de la estación– y me arrebujié en las ramas y hojas que le había arrancado, y luego le halé con un poco de severidad y le ordené que fuese a buscar más y que no anduviese dando espectáculos. Lo hizo, y después de esto fuimos arrastrándonos hasta el lugar de la batalla de las bestias salvajes y recogimos algunas pieles y le hice componer un par de vestidos para ocasiones públicas. Son incómodos, es verdad, pero elegantes, y eso es lo principal en las ropas... Creo que ella es bastante buena como compañera. Me doy cuenta de que me sentiría solo y deprimido sin ella, ahora que perdí mis dominios. Otra cosa: ella dice que se ordenó que trabajásemos para nuestro sustento de aquí en más. Ella será útil. Yo controlaré.

Díez días después.- ¡Ella me acusa, a mí, de ser la causa de nuestro desastre! Dice, con aparente sinceridad, que la Serpiente le aseguró que la fruta prohibida no eran las manzanas, sino las castañas. Entonces dije que yo era inocente, porque no había comido ninguna castaña. Ella dijo que la Serpiente le informó que “castaña” era un término figurado que se usa para las bromas viejas y tontas. Me puse pálido al escucharla, porque yo había hecho muchas bromas para no aburrirme, y algunas pudieron haber sido de esa clase, aunque honestamente había supuesto que eran novedosas, cuando las hacía. Me preguntó si había hecho alguna en el momento de la catástrofe. Me vi obligado a admitir que había hecho una para mis adentros, pero no en voz alta. Fue así. Estaba pensando en las Cataratas y me dije: “¡Qué maravilloso es ver ese inmenso cuerpo de agua caer allí abajo!”. Luego, instantáneamente, un pensamiento brillante relampagueó en mi cabeza, y lo dejé salir, diciendo: “¡Sería mucho más maravilloso verlo caer allí arriba!” –y estaba a punto de morirme de risa cuando toda la naturaleza estalló en guerra y muerte y tuve que correr para salvar mi vida–. “Ahí está”, dijo ella, triunfante, “es exactamente eso; la Serpiente mencionó ese mismo chiste, y lo llamó la Primera Castaña, y dijo que era tan viejo como la creación.” Ay, es a mí a quien hay que culpar. ¡Ojalá no fuese tan ocurrente, ojalá nunca hubiese tenido ese pensamiento brillante!



Al año siguiente.- Lo hemos llamado Caín. Ella lo atrapó cuando yo estaba poniendo trampas en la playa norte del Erie; lo atrapó en el montón, a un par

de millas de nuestra cueva –o pueden haber sido cuatro, no está segura–. Se nos parece en algún aspecto, y quizá sea de la familia. Eso es lo que ella cree, pero para mí es un error. La diferencia de tamaño garantiza la conclusión de que se trata de una clase de animal nueva y diferente; un pez quizá, aunque, cuando lo puse en el agua para probarlo, se hundió y ella se zambulló y lo sacó de un manotón antes de que el experimento terminase. Todavía creo que se trata de un pez, pero a ella no le importa esta cuestión, y no me lo dejará para probar. No entiendo esto. La llegada de la criatura parece haber cambiado su carácter por completo y la volvió irracional respecto de los experimentos. Se preocupa más por ese que por cualquiera de los demás animales, pero no pude explicar el porqué. Su mente está transformada: todo así lo indica. A veces, lleva al pez en sus brazos la mitad de la noche cuando él se queja y quiere ir al agua. En esos casos el agua cae de los lugares de su cara por los que mira, y palmea al pez en la espalda y hace ruidos sordos con la boca para calmarlo, y demuestra pena y ansiedad en cientos de formas. Nunca la vi hacer esto con ningún otro pez, y me preocupa mucho. Ella solía llevar a los tigres jóvenes a su alrededor y jugar con ellos, antes de que perdiéramos nuestra propiedad, pero sólo se trataba de un juego; nunca se preocupó por ellos como por este cuando no les gustaba la cena.

Domingo.- Ella no trabaja los domingos, sino que anda echada descansando, y le gusta tener al pez revolcándose encima de ella; y le hace ruidos tontos para divertirlo, y simula masticarle las garras, y eso lo hace reír. No he visto antes un pez que pudiese reír. Esto me hace dudar... A mí también me está gustando el domingo. La vigilancia durante toda la semana es muy cansadora. Debería haber más domingos. En los viejos tiempos eran duros, pero ahora vienen bien.

Miércoles.- No es un pez. No puedo llegar a darme cuenta de qué es. Hace ruidos curiosamente perversos cuando no está satisfecho, y dice “gugu” cuando si lo está. No es uno de nosotros, porque no camina; no es un pájaro, porque no vuela; no es una rana, porque no salta; no es una víbora, porque no se arrastra. Estoy seguro de que no es un pez, aunque no puedo encontrar la oportunidad para descubrir si puedo o no encontrar la oportunidad para descubrir si puede nadar o no. Simplemente está ahí, casi siempre de espaldas, con los pies hacia arriba. No he visto a ningún otro animal hacer eso antes. Dije que creía que era un enigma; pero ella se limitó a admirar la palabra, sin comprenderla. En mi opinión o se trata de un enigma o de alguna clase de insecto. Si se mueres, me lo llevaré aparte y veré cómo está hecho. Nunca nada me ha tenido tan confundido.



Tres meses después.- La perplejidad aumenta en lugar de disminuir. No duermo, son muy poco. Ha dejado de quedarme acostado, y ahora anda por ahí en cuatro patas, las delanteras son extrañamente cortas, y consecuentemente, la mayor parte de su cuerpo se yergue de un modo penso en el aire, y eso no es para nada atractivo. Está hecho casi como nosotros, pero su método para desplazarse muestra que no es de nuestra especie las patas delanteras cortas y las traseras largas indican que es de la familia de los canguros, pero es una variación interesante y curiosa, y nunca antes ah sido catalogada. Como yo lo descubrí, me he creído con derecho a asegurarme el crédito del hallazgo poniéndole mi nombre, y es así como lo que he llamado *Kangarorum Adamiensis...* Debe haber sido un ejemplar joven cuando llegó, porque desde entonces ha crecido sin medida. Ahora debe ser cinco veces más grande de lo que era entonces y cuando está disgustado, es capaz de hacer desde veintidós hasta treinta y ocho veces el ruido que hacía al principio. La coerción no cambia nada, sino que tiene el efecto contrario. Por esta razón abandoné el sistema. Ella lo calma por medio de la persuasión, y dándole cosas que previamente me había dicho que no daría. Como ya dije, yo no estaba en casa cuando llegó la primera vez, y ella me dijo que lo encontró en el bosque. Parece raro que fuese el único, pero así debe ser, porque durante las últimas semanas me he cansado de buscar tratando de encontrar otro para agregar a mi colección y para que este tuviese con quien jugar; porque con seguridad así estaría más tranquilo y podríamos domesticarlo con más facilidad. Pero no encontré ninguno, ni vestigios; y lo más extraño de todo, no había rastros. Debe vivir en tierra, no puede evitarlo; por lo tanto, ¿cómo es que anda por ahí sin dejar rastros? Puse una docena de trampas, pero no funcionaron. Atrapo toda clase de animales pequeños, excepto ese; animales que entran en la trampa por simple curiosidad, creo, sólo para ver para qué está esa leche allí. Nunca se la beben.



Tres meses después.- El Canguro aún sigue creciendo, lo cual es muy extraño y me tiene confundido. Nunca supe de uno que siguiera creciendo durante tanto tiempo. Tiene pelo en la cabeza ahora; no como el pelo del canguro sino exactamente como nuestro cabello, salvo porque es mucho más fino y más suave, y en lugar de ser negro es rojo. Es probable que me vuelva loco con la evolución caprichosa y molesta de este fenómeno zoológico inclasificable. Si pudiese atrapar otro... pero eso es un caso perdido; es una variedad nueva y el único ejemplar, esto es claro. Pero atrapé un canguro de verdad y lo traje, pensando que este, al estar solo, preferiría tener al otro por compañía antes de quedarse solo y sin familia, o a cualquier animal del que pudiese sentirse cerca o con el que simpatizar en su condición des-

dichada, aquí, entre extraños que no conocen sus costumbres o sus hábitos o qué hacer para que se sienta entre amigos. Pero fue un error: le dio tal ataque al ver al canguro que me convencí de que nunca antes había visto uno. Siento pena por el pobre animalito ruidoso, pero no hay nada que pueda hacer para que se sienta feliz. Si pudiese domesticarlo... pero eso está fuera de discusión; cuanto más lo intento, pero parece que lo hago. Me parte el corazón verlo en sus pequeños arrebatos de congoja y de pasión. Quería dejarlo ir, pero ella ni me escucharía. Eso parecía cruel e impropio de ella; y, sin embargo, quizá tenga razón. Podría llegar a estar más solitario que nunca; si yo no puedo encontrar otro igual, ¿cómo podría hacerlo él?



Cinco meses después.- No es un canguro. No, porque se sostiene agarrándose del dedo de ella, y da así unos pocos pasos sobre sus patas traseras, y luego se cae. Se trata probablemente de alguna clase de oso; y, sin embargo, no tiene cola –aún– y no tiene pelo, salvo en la cabeza. Aún sigue creciendo; es una situación curiosa, porque los osos terminan su crecimiento antes. Los osos son peligrosos –desde nuestra catástrofe– y no estaré cómodo con este merodeando por el lugar sin bozal. Le ofrecí a ella un canguro si dejaba ir a este, pero no resultó: está decidida a hacernos correr toda clase de riesgos estúpidos, creo. Ella no era así antes de perder la cabeza.



Quince días después.- Examiné su boca. No hay peligro aún: tiene un diente solo. No tiene cola aún. Hace más ruido ahora que nunca antes (y sobre todo de noche). Me mudé. Pero voy a ir todas las mañanas a desayunar y a ver si tiene más dientes. Cuando tengo muchos dientes será tiempo de que se vaya, con cola o sin cola, porque un oso no necesita cola para ser peligroso.



Cuatro meses después.- Estuve fuera, cazando y pescando durante un mes, en la región que ella llama Buffalo (no sé por qué, a menos que sea porque allí no hay búfalos). Entretanto, el oso aprendió a moverse por su cuenta ayudándose con las patas traseras, y dice “papi” y “mami”. Sin duda es una nueva especie. Este parecido con las palabras puede ser puramente accidental, por supuesto, y puede no ser puramente accidental, por supuesto, y puede no tener ningún propósito ni significado; pero, aun en ese caso, sigue siendo extraordinario, y es algo que ningún otro oso puede hacer. Esta imitación del habla, junto con la falta general de pelo y la falta completa de

colas, es suficiente para indicar que se trata de una clase nueva de oso. Un nuevo examen será de enorme interés. Mientras tanto, saldré en una larga expedición a los bosques del norte y haré una búsqueda exhaustiva. Debe haber sin duda algún otro en alguna parte, y este será menos peligroso cuando tenga compañía de su misma especie. Iré enseguida, pero antes voy a ponerle el bozal a este.



Tres meses después.- Ha sido una cacería muy, muy agotadora y, sin embargo, no he tenido éxito. Entre tanto, sin moverse del lugar, ¡ella atrapó otro! Nunca vi tanta suerte junta. Yo podría haber andado cien años por estos bosques sin cruzarme siquiera con esta cosa.



Al día siguiente.- He estado comparando al nuevo con el viejo, y está perfectamente claro que son de la misma especie. Iba a disecar a uno de ellos para mi colección, pero por alguna razón ella se opone; por eso renuncié a la idea, aunque creo que es un error. Sería una pérdida irreparable para la ciencia si ellos llegasen escapar. El mayor está más dócil que antes y puede reírse y habla como el loro, lo que sin dudad aprendió por estar tanto con el loro y por tener desarrollada en algo grado la capacidad imitativa. Me sorprendería si resulta ser una clase nueva de loro; y sin embargo, no debería sorprenderme, porque ya ha sido todo lo demás en que se me ocurrió pensar desde aquellos primeros tiempo en los que era un pez. El nuevo es ahora tan feo como lo era el viejo al principio; tiene el mismo aspecto de carne cruda amarillenta y la misma y extraña cabeza sin ningún pelo. Ella lo llama Abel.



Diez años después.- Son *niños*; lo descubrimos hace tiempo. Era su tamaño pequeño e inmaduro lo que nos confundía; no estábamos acostumbrados a eso. Hay algunas niñas ahora. Abel es un buen chico; pero si Caín hubiese permanecido como oso le hubiese sido mejor. Después de todos estos años, me doy cuenta de que estaba equivocado respecto de Eva al principio: es mejor vivir fuera del Jardín con ella que dentro sin ella. Al principio, creía que hablaba demasiado; pero ahora me entristecería que esa voz se silenciara y desapareciese de mi vida. ¡Bendita sea la castaña que nos unió y me enseñó a conocer la bondad de su corazón y la dulzura de su espíritu!



El Diario de Eva

Título original: *EVE'S DAIRY* (1905)

TRADUCIDO DEL ORIGINAL

Sábado.- Tengo casi un día de edad, ahora. Llegué ayer. Eso es lo que me parece. Y debe ser así, porque si hubo un día antes de ayer yo no estuve, o lo recordaría. Podría ser, por supuesto, que sucediese y que no estuviese atenta. Muy bien: estaré bien alerta ahora y su sucede algún antes-de-ayer, tomaré nota del hecho. Será mejor empezar bien y no dejar que los registros se desordenen, porque el instinto me dice que estos detalles van a ser importantes para los historiadores algún día. Porque me siento como un experimento, me siento exactamente como si fuese un experimento; sería imposible que alguien se sintiese un experimento más que yo, y por eso estoy llegando al convencimiento de que no es lo que soy: un experimento, sólo un experimento y nada más.

Entonces, si soy un experimento, ¿soy la totalidad del experimento No, creo que no; creo que todo lo demás es también parte de él. Yo soy la parte principal, pero creo que todo lo demás tiene su participación en el asunto. ¿Mi posición está asegurada o tengo que vigilarla y cuidarla? Esto último, quizá. El instinto me dice que la vigilancia perpetua es el precio de la superioridad. (esa es una buena frase, piense, para alguien tan joven.)

Hoy todo parece mejor que ayer. Ayer, en el apuro por terminar, las montañas quedaron todas desiguales, y algunas de las planicies estaban tan tapadas de residuos y de basura que su aspecto era desastroso. Obras de arte tan nobles y hermosos no deberían estar sujetas a la prisa; y este mundo nuevo y majestuoso es en realidad la obra más noble y hermosa. Y, por cierto, maravillosamente cercana a la perfección, a pesar del poco tiempo. Hay demasiadas estrellas en algunos lugares y no las suficientes en otros, pero eso puede ser remediado enseguida, sin duda. La luna se desató anoche, y se deslizó y cayó fuera del sistema: es una pérdida muy importante. Me rompe el corazón pensar en ella. No hay ninguna otra cosa entre los or-

namentos y la decoración que se le compare en belleza y terminación. Debería haber estado mejor amarrada. Si sólo pudiésemos recuperarla de nuevo...

Pero, por supuesto, no hay indicios de adonde fue. Y además, quien la encuentre la esconderá; lo sé porque eso es lo que yo haría. Creo que puedo ser honesta en otros asuntos, pero ya empiezo a darme cuenta de que la esencia y el centro de mi naturaleza está en el amor hacia lo bello, en la pasión por lo bello, y que no sería seguro confiarme una luna que perteneciese a otra persona y que esa persona no supiese que yo la tengo. Podría renunciar a una luna que encontrase durante el día por temor a que alguien estuviese mirando; pero, si la encontrase en la oscuridad, estoy segura de que buscaría alguna clase de excusa para no decir nada acerca de ella. Porque yo amo a las lunas, son tan bonitas y tan románticas. Ojalá tuviésemos cinco o seis: no iría nunca a la cama, nunca me cansaría de mirarlas, acostada sobre el musgo.

Las estrellas son buenas, también. Ojalá pudiese conseguir algunas para ponerme en el cabello. Pero supongo que nunca podré. Se sorprendería de saber lo lejos que están, porque no parece. Cuando se mostraron ayer por primera vez traté de hacer caer algunas con un palo, pero no podía alcanzarlas lo cual me sorprendió; luego intenté con terrones de tierra hasta agotarme, pero tampoco pude. Es porque soy zurda y no puedo tirar bien. Incluso cuando probaba con otras diferentes de aquella a la que apuntaba, no lograba acertarle; aunque logré algunos tiros bastante aproximados: vi la mancha negra del terrón enfilarse derecho hacia el centro del grupo dorado cuarenta o cincuenta veces, errándole apenas; si sólo hubiese podido resistir un poquito más, podría haberle dado a alguna.

Así que lloré un poco, lo natural –supongo– en alguien de mi edad, y después de descansar tomé una canasta y fui hacia un lugar en el borde extremo del círculo donde las estrellas estaban muy cerca del piso y podría tomarlas con las manos, lo que sería mejor; en cualquier caso, porque podría recogerlas con cuidado y no romperlas. Pero estaba más lejos de lo que suponía y al cabo tuve que renunciar: estaba tan cansado que no podía arrastrar mis pies otro paso más; además, estaban inflamados y me dolían mucho.

No puede volver a casa; era demasiado lejos y se había puesto fresco; pero encontré algunos tigres y me acurruqué entre ellos y estaba adorablemente cómodo, y su aliento era dulce y placentero, porque se alimentan de frutillas. Nunca antes había visto un tigre, pero los reconocí de inmediato por las rayas. Si pudiese tener una de aquellas pieles, podría hacerme un vestido magnífico.

En el día de hoy estoy mejorando mis ideas acerca de las distancias. Estaba tan ansiosa por apropiarme de cada una de las cosas bonitas que vía, que las agarraba atolondradamente, a veces, cuando estaban demasiado lejos y a veces cuando estaban a no más de seis pulgadas, aunque parecían a un pie de distancia (¡jay!, con espinas incluidas). Aprendí una lección, también postulé un axioma, salido de mi propia cabeza, el primero de todos: “*El Experimento lastimado rehúye las espinas*”. Piensa que es muy buena para alguien tan joven.

Estuve siguiendo al otro Experimento ayer a la tarde, a la distancia, para ver si podía darme cuenta de para qué servía. Pero no pude descubrirlo. Creo que es un hombre. Nunca había visto a un hombre, pero parece uno de ellos, y estoy segura de que es lo que es. Me doy cuenta de que siento más curiosidad acerca de él que respecto de cualquiera de los demás reptiles. Si es que se trata de un reptil, y supongo que sí: porque tiene el cabello desaliñado y ojos azules, y parece un reptil. No tiene caderas; se va angostando como una zanahoria; cuando está parado se estira como una grúa; por eso creo que es un reptil, aunque podría ser sólo una fachada.

Le temía al principio, y cada vez que se daba vuelta empezaba a correr, porque creía que iba a perseguirme, pero poco a poco me di cuenta de que sólo trataba de escaparse, así que después de eso abandoné mi timidez y seguí sus rastros durante varias horas, unas veinte yardas detrás, lo que lo ponía nervioso e incómodo. Al final, se preocupó bastante y se subió a un árbol. Yo esperé un buen rato, luego lo abandoné y me volví a casa.

En el día de hoy de nuevo lo mismo. Lo encontré otra vez arriba del árbol.

Domingo.- Aún está ahí arriba. Descansando, aparentemente. Pero es un subterfugio: el domingo no es el día de descanso, el sábado es el día señalado para eso. Me parece que esta criatura está más interesada en descansar que en cualquier otra cosa. Me cansaría descansar tanto. Me cansa de sólo sentarme a observar el árbol. Me pregunto para qué sirve; nunca lo veo hacer nada.

Devolvieron la luna anoche; ¡me puse *tan* feliz! Creo que es muy honesto de parte de ellos. Volvió a deslizarse y a caerse, pero no me angustié, no hace falta preocuparse cuando se tiene esa clase de vecinos; ellos la devolverán. Ojalá pidiese hacer algo para demostrarles mi aprecio, me gustaría mandarles algunas estrellas, porque tenemos más de las que podemos usar. Quiero decir yo, no nosotros, porque puedo ver que al reptil estas cosas no le importan.

Tiene mal gusto, y no es amable. Cuando fui allí ayer al anochecer había bajado y estaba tratando de atrapar los pececitos manchados que juegan en el estanque, y tuve que tirarle con los terrones para hacerlo subir al árbol de nuevo y que los dejara en paz. Me pregunto si será para eso para lo que sirve. ¿No tiene corazón? ¿No siente compasión por esas criaturas? ¿Puede ser que haya sido diseñado y construido para una tarea tan indigna? Tiene toda la apariencia. Uno de los terrones que le arrojé le dio detrás de la oreja, y entonces usó el lenguaje. Me dio un escalofrío, excepto la mía propia. No comprendí las palabras pero parecían ser expresivas.

Cuando descubrí que podía hablar, sentí un nuevo interés en eso, porque me encanta hablar, hablo todo el día, y en sueños también, y soy muy amena, pero si tuviese alguien con quien hablar podría ser el doble de amena, y nunca pararía, si quisiera.

Si este reptil es un hombre no se trata de un *eso*, ¿o es cierto? Eso no sería gramatical, ¿no es así? Creo que sería un *él*. Eso creo. En ese caso se analizaría así: nominativo, *él*; dativo, *a él*; posesivo, *su*. Bueno, lo consideraré un hombre y lo llamaré *él*; si no resulta ser otra cosa. Esto será más práctico que manejar tantas incertidumbres.

Domingo de la semana siguiente.- Estuve toda la semana pegada a él e intenté presentarme. Tuve que sostener al charla, porque él esta cohibido, pero no me importó. Parecía agradecido de tenerme cerca, y usé varias veces el “nosotros”, tan sociable, porque parecía halagarlo el sentirse incluido.

Miércoles.- Nos estamos entendiendo bastante bien ahora, de veras, y cada vez nos estamos conociendo más y mejor. Ya no trata de evitarme, lo que es una buena señal, y demuestra que le gusta tenerme con él. Eso me agrada, y trato de serle útil en todo lo que pueda, para que aumente su estima hacia mí. Durante los dos últimos días lo liberé del trabajo de ponerle nombres a las cosas, esto fue un gran alivio para él, porque no está muy dotado para esa tarea, y está sin duda muy agradecido es incapaz de pensar en un solo nombre inteligente, aunque sea para salvar las apariencias, pero yo no lo dejo sospechar que estoy al tanto de su defecto. Cada vez que una nueva criatura aparece, yo le pongo un nombre antes de que tenga oportunidad de quedar en evidencia en uno de esos silencios incómodos. En este sentido, le eh evitado unos cuantos papelones. Yo no tengo un defecto como el suyo. No bien pongo los ojos en un animal, sé lo que es. No tengo que reflexionar ni un instante; el nombre correcto me sale instantáneamente, como su fuese una inspiración –como, sin duda, lo es– porque estoy segura de que

ese nombre no estaba en mi medio minuto antes. Parezco saber qué animal es sólo por el tamaño de la criatura y el modo en que actúa.

Cuando el dodo apareció, él creyó que se trataba de un gato salvaje: lo vi en sus ojos. Pero lo salvé. Y tuve cuidado de no hacerlo de un modo que hiriese su orgullo. Hablé en un tono muy natural, de sorpresa complacida, y como si ni soñara con darle información, y dije: “¡Bueno, pero quién está aquí, si es dodo!”. Le expliqué –sin que pareciese que estaba explicando– cómo era que sabía que era un dodo y, aunque creo que estaba un poco molesto porque yo conociese a la criatura y él no, era evidente que me admiraba. Eso fue muy agradable y pensé en ello más de una vez con satisfacción antes de dormirme. ¡Qué cosas pequeñas pueden hacernos felices cuando sabemos que las hemos ganado merecidamente!

Jueves. - Mi primera pena. Ayer me evitó y parecía desear que no le hablase. No podía creerlo, y pensé que había algún error, porque a mí me gusta estar con él y escucharlo hablar y si es así, ¿cómo podría ser que él se mostrase poco amable conmigo si yo no le había hecho nada? Pero, al final, resultó ser así, y por eso yo me fui a sentar sola al lugar donde lo vi por primera vez la mañana en que fuimos hechos y yo no sabía qué era él y me resultaba indiferente; pero ahora ese era un lugar lúgubre y cada pequeña cosa hablaba de él y mi corazón estaba muy lastimado. No sabía el porqué con claridad, porque era un sentimiento nuevo; no lo había experimentado antes y era todo un misterio y no podía entenderlo.

Pero cuando vino la noche no pude soportar la soledad y fui al nuevo refugio que se ha construido, a preguntarle qué había hecho mal y cómo podía arreglarlo para recuperar su favor otra vez; pero me sacó afuera, a la lluvia, y esa fue mi primera pena.

Domingo. - Ahora nos llevamos bien de nuevo y estoy feliz; pero esos días fueron duros; o pienso en ellos si puedo evitarlo.

Intenté llevarle alguna de esas manzanas, pero no puedo aprender a tirar derecho. Fallé, pero creo que la buena intención le agradó. Están prohibidas, y él dice que voy a ocasionarme algún daño; pero si llego a dañarme por complacerlo, ¿qué importa el daño?

Lunes. - Esta mañana le dije mi nombre; esperaba que pudiera interesarle. Pero no le importó. Es raro. Si él me dijese su nombre, a mí me importaría. Creo que sería más agradable a mis oídos que cualquier otro sonido.

Habla muy poco. Quizá porque no es muy brillante, y es muy sensible acerca de eso y desea ocultarlo. Es una pena que se sienta así, porque el brillo está en el corazón, allí es donde están los valores. Ojalá pudiera hacerle entender que un corazón bueno y amable es una riqueza, y mucha, y que sin eso el intelecto es pobreza.

Aunque habla tan poco, tiene un vocabulario considerable. Esta mañana usó una palabra sorprendentemente buena. Sin duda él reconoció que era buena, porque la repitió después dos veces más, de manera casual. No era buena como improvisación, aunque demostraba que posee una cierta cualidad perceptiva. No hay dudas de que esa semilla puede desarrollarse si se la cultiva.

¿De dónde sacó esa palabra? No creo haberla usado nunca.

No, mi nombre no le interesó para nada. Traté de ocultar mi decepción, pero supongo que no tuve éxito. Me alejé y me senté sobre el musgo con los pies en el agua. Es donde voy cuando deseo compañía, alguien a quien mirar, alguien con quien hablar. No es suficiente con ese cuerpo blanco y adorable pintado allí en el estanque, peor es algo, y algo es mejor que la soledad absoluta. Habla cuando yo hablo; está triste cuando yo estoy triste; me consuela con su simpatía, dice: “No te descorazonas, pobre niña sin amigos. Yo seré tu amiga”. *Es una buena amiga mía, la única: es mi hermana.*

¡Esa primera vez que ella me abandonó! Nunca lo olvidaré, nunca, nunca. ¡Mi corazón era plomo dentro del cuerpo! Yo dije: “ella era todo lo que tenía ¡y ahora se ha ido!”. En mi desamparo dije: “Detente, corazón, ¡no puedo soportar más la vida!” y escondí la cara entre las manos, y no hubo consuelo para mí. Y cuando las retiré, después de un rato, allí estaba ella de vuelta, blanco y radiante y hermosa, y ¡me arrojé a sus brazos!

Eso era la felicidad perfecta; había conocido antes la felicidad, pero no era como esto, puro éxtasis. Nunca volví a dudar de ella. A veces, se mantenía alejada, quizá una hora, quizá casi todo el día, pero yo esperaba y no dudaba; me decía: “Está ocupada o se fue de viaje, pero volverá”. Y así era: siempre lo hacía. De noche no venía si estaba oscuro, porque era una pequeña muy tímida. Pero si había luna ella venía. No tengo miedo a la oscuridad, pero ella es más joven: nació después que yo. Cada vez la visito más y más. Ella es mi consuelo y mi refugio cuando mi vida se hace dura; y casi siempre es así.

Martes. - Me pasé toda la mañana trabajando para mejorar el lugar; y me mantuve alejada de él a propósito con la esperanza de que se sintiera solo y viniese. Pero no lo hizo.

Al mediodía hice una pausa y me tomé un recreo revoloteando con las abejas y las mariposas, de jarana entre las flores, esas criaturas tan bellas que capturan la sonrisa de Dios en el cielo y la conservan. Junté algunas de ellas para componer coronas y guirnaldas que me fuese mientras comía mi almuerzo (por supuesto, manzanas). Luego me senté a la sombra a desear y a esperar. Pero él no vino.

Pero no importa. No hubiese resultada nada bueno, porque no le importan las flores. Dice que son basura, y no puede distinguir una de otra, y se cree superior por pensar así, no le importa, no le importan las flores, no le importa el cielo pintado del crepúsculo (¿hay algo que le importe, además de construir chozas para aislarse de la lluvia buena y limpia, de aporrear melones, de probar uvas y de manosear la fruta en los árboles para ver cómo marchan sus propiedades?).

Coloqué un palo seco en el piso y traté de perforarlo con otro, para ver si podía hacer funcionar un plan que tenía, y pronto me pegué un susto terrible. Una película delgada, transparente, azulada, se levantó del agujero ¡y dejé caer todo y huí! Creí que era un espíritu; ¡me asusté tanto! Pero miré hacia atrás y no me seguía; entonces me apoyé jadeando sobre una roca a descansar; y dejé que mis extremidades temblasen hasta que volvieron a quedarse quietas luego retrocedí arrastrándome, alerta, observando todo y dispuesta a salir volando si era necesario. Y cuando hube llegado cerca, separé las ramas de un rosal para espiar –deseando que el hombre anduviese cerca: yo estaba tan graciosa y tan bonita– pero la aparición se había ido. Me acerqué y había un montoncito de polvo rosado en el agujero. Metí el dedo para tocarlo y dije ¡ayy! Y volví a sacarlo.

Era un dolor atroz. Me puse el dedo en la boca; y sólo pude calmar el dolor parándome primero en un pie y luego en el otro y gruñendo; luego me sentí intrigada y empecé a investigar.

Me daba curiosidad saber qué era ese polvo rosa. De pronto, se me ocurrió su nombre, aunque nunca antes lo había escuchado. ¡Era *fuego*! Estaba tan segura de eso como nadie en el mundo. Entonces, sin dudarlo, lo llamé así: fuego.

Me daba curiosidad algo que no existía antes; había agregado algo nuevo a los innumerables objetos del mundo; me daba cuenta de esta y estaba

orgullosa de mi logro, e iba a ir corriendo a buscarlo y a contárselo, pensando que así crecería en su estima, pero reflexioné y no lo hice. No, a él no le importa. Habría preguntado para qué servía y ¿qué podría responderle? Porque no *servía* para nada, sino que era hermoso, simplemente hermoso...

Así es que suspiré, pero no fui. Porque no servía para nada; no servía para construir chozas, no hacía crecer a los melones, no adelantaba la maduración de las frutas; era inútil, una tontera, una vanidad; lo despreciaría y pronunciaría palabras hirientes. Pero para mí no era despreciable. Dije: “¡Oh, fuego, te amo, criatura frágil y rosada, porque eres hermosa y esa es suficiente!” y estaba a punto de llevarla a mi pecho. Pero me contuve. Luego inventé por mí misma otra máxima, sólo que era tan parecida a la primera que temía que fuese mero plagio: *“El Experimento quemado rehúye al fuego”*.

Me puse a trabajar otra vez y cuando hube hecho una buena cantidad de polvo de fuego, lo volqué sobre un manojo de pasto seco, con la intención de llevarlo a casa y guardarlo y jugar con él. Pero el viento lo golpeó y lo espació y me abofeteó con ferocidad y lo dejé caer y corrí. Cuando miré hacia atrás, el espíritu azul se elevaba y se alargaba y flotaba como una nube e instantáneamente pensé en su nombre –*¡humo!*– Aunque, lo juro, nunca antes había oído hablar del humo.

Muy pronto un fulgor brillante, rojo y amarillo, destelló a través del humo y puse instantáneamente un nombre –*¡llamas!*– y también tenía razón, aunque estas eran las primeras llamas que hubo alguna vez en el mundo. Treparon a los árboles, resplandecían y estallaban desde dentro de la masa enorme y creciente de humo en movimiento, y tuve que aplaudir y reír y bailar en un arrebatado de éxtasis; todo era tan nuevo y extraño, tan maravilloso y tan hermoso.

Él vino a la carrera, se paró y miró, y no dijo nada durante varios minutos. Luego preguntó qué era. Ay, era tan malo que él hiciese una pregunta tan directa. Tuve que contestarle, por supuesto, y lo hice. Dije que era fuego. No era mi culpa que lo molestase el que yo supiera y él debiera preguntar; no era mi intención molestarlo. Después de una pausa me preguntó:

-¿Cómo llegó?

Otra pregunta directa, que también tuvo una respuesta directa.

-Yo lo hice.

El fuego se alejaba cada vez más. Él se acercó al borde del lugar quemado y se quedó mirando el piso.

-¿Qué es esto?

-Carbones.

Levantó uno para examinarlo, pero cambió la idea y lo puso de nuevo en el suelo. Luego se fue. No le interesa nada.

Pero yo si estaba interesada. Había ceniza, gris y suave y delicada y elegante: supe lo que era desde el principio. Y las chispas: también las conocía. Encontré mis manzanas, las raspé y me puse contenta; soy muy joven y mi apetito es grande. Pero estaba desilusionada, habían explotado y estaban arruinadas. Arruinadas en apariencia. Pero no era así: estaban mejor que las crudas. El fuego es hermoso; algún día será útil. Eso pienso.

Viernes.- Lo vi otra vez, durante un momento, el lunes pasado al anochecer, pero sólo un instante. Esperaba que me elogiara por mis intentos de mejorar el lugar porque yo tenía buenas intenciones y trabajaba mucho. Pero no estaba contento, y se dio media vuelta y me dejó. También estaba descontento por otra cosa: yo traté una vez más de convencerlo de que dejase de ir a las Cataratas. Eso fue porque el fuego me había revelado una pasión nueva, totalmente nueva, y claramente distinta del amor, de la pena y de esas otras que ya había descubierto: el *miedo*. ¡Es horrible! Ojalá nunca la hubiese descubierto. Me da malos momentos, arruina mi felicidad, me hace estremecer y temblar y sobresaltarme. Pero no pude persuadirlo, porque él no ha descubierto el miedo aún, y por eso no puede comprenderme.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE ADÁN

Quizás deba recordar que ella es muy joven, apenas una niña, y hacer algunas concesiones. Ella es todo interés, ansiedad, vivacidad, el mundo es para ella encanto, maravilla, misterio, alegría; no puede hablar de la emoción cada vez que encuentra una nueva flor, debe mimarla y acariciarla y olerla y hablarle y prodigarle elogios y nombres cariñosos. Y se vuelve loca por los colores: rocas pardas, arena amarilla, musgo gris. Follaje verde, cielo azul; el perlado del amanecer, las sombras púrpuras de las montañas, las islas doradas flotando en mares carmesíes a la puesta del sol, la luna pálida que navega a través de jirones de nubes, las estrellas como joyas que titilan en los yermos del espacio: nada de eso tiene el menos valor práctico, hasta donde puedo ver, pero, como tienen color y majestuosidad, es suficiente para que pierda la cabeza. Si alguna vez pidiese calmarse y quedarse callada un par de minutos, sería un espectáculo sedante. En ese caso creo que disfrutaría de mirarla; de veras creo que podría, porque me estoy dando cuenta de que es una criatura notablemente bonita: ágil, esbelta, pulcra, bien acabada, ligera, graciosa; y una vez, mientras estaba parada sobre un peñasco, pálida como el mármol, bañada en la luz del sol, su cabeza joven echada hacia atrás y la mano haciendo sombra sobre los ojos, observando el vuelo de un pájaro en el cielo, reconocí que era hermosa.

Lunes al mediodía.- Si hay algo en el planeta que a ella no le interese, entonces no lo tengo en mi lista. Hay animales que me resultan indiferentes, pero ese no es el caso con

ella. No discrimina, se encariña con todos, cree que son todos valiosos, cada uno que aparece es bienvenido.

Cuando el brontosaurio, poderoso, llegó cruzando el campo da los trancos, ello lo consideró una adquisición; yo, una calamidad. Ese es un buen ejemplo de la falta de armonía que prevalece en nuestra manera de ver las cosas. Ella quería domesticarlo; yo quería regalarle el lugar y mudarnos. Ella creía que ese lo podía domesticar con buenos tratos y que sería una buena mascota; yo dije que una mascota de veintiún pies de alto y ochenta y cuatro pies de lago no sería apropiada para el lugar porque, aun con las mejores intenciones y sin querer dañar a nadie, podría sentarse sobre al casa y aplastarla, ya que cualquiera se daba cuenta, por el brillo de su mirada, de que era distraído.

Aún así, quería conservar a ese monstruo y no abandonaba la idea. Pensó en iniciar una granja lechera con él, y quería que la ayudase a ordeñarlo; pero no acepté: era demasiado arriesgado. No era del sexo adecuado y, además, no teníamos escalera. Luego quiso montarlo para mirar el paisaje. Una cola de treinta o cuarenta pies yacía en el suelo, como un árbol caído, y ella pensó que podíamos trepar por allí, pero estaba equivocada: cuando llegó a la parte empinada estaba resbaloso y vino abajo, y se hubiese lastimado de no ser por mí.

¿Estaba satisfecha ahora? No. Nada la satisface hasta que no esté demostrado: no acepta las teorías no comprobadas, y nunca lo hará. Eso es lo correcto, lo admito; me atrae; siento su influencia; si estuviese más junto a ella, quizá yo mismo lo haría: bueno, pues le quedaba una teoría acerca del coloso: pensaba que si podíamos domesticarlo y volverlo amistoso, podríamos pararlo en el ría y usarlo como puente. Resultó que estaba ya lo suficientemente domesticado –al menos era lo que ella creía– y entonces intentó ubicarlo adecuadamente en el ría y volvía a la costa para cruzar sobre él, él se volvía y la seguía como una montaña domesticada. Como los demás animales. Todos hacen lo mismo.

Viernes.- Martes, miércoles, jueves y el día de hoy: todo el tiempo sin verlo. Es demasiado tiempo para estar sola; no obstante, mejor sola que mal recibida.

Necesitaba compañía –fui hecha para eso, pienso– y por eso me hice amiga de los animales. Son sencillamente encantadores y tienen la mejor disposición y los modales más amables; nunca se muestran malhumorados, nunca te hacer sentir como una intrusa, sonríen y mueven su cola, si la tienen, y están siempre listos para retozar o para salir de excursión o para cualquier cosa que les proponga. Pienso que son perfectos caballeros. En todos estos días hemos pasado unos momentos tan buenos que nunca me he sentido sola, nunca. ¡Sola! No, no diría eso. ¡Cómo!, si siempre hay varios de ellos alrededor –a veces, a lo largo de cuatro o cinco acres alrededor– tantos que ni siquiera se los puede contar. Y cuando una se para en medio de un peñasco y mira por sobre esa extensión de pelajes tan abigarrados y salpicados de color y sus resplandores agitados por el sol, tan plenos de franjas y rayas se puede llegar a creer que se trata de un lago, sólo que uno sabe que no lo es; y hay tormentas de pájaros sociables y huracanes de alas que vibran; y cuando el sol ilumina esa conmoción de plumas se ve un estallido de todos los colores imaginables, suficientes para hacer saltar los ojos.

Hicimos largas excursiones, y he visto una buena parte del mundo; casi todo, creo. Por eso soy el primer viajero, y el único. Cuando marchamos, la vista es imponente: no hay nada igual en ninguna parte. Por comodidad monto en un tigre o en un leopardo, porque son suaves y tienen un lomo torneado en el que me acomodo con facilidad, y porque son animales muy elegantes; pero para las distancias largas o para los paisajes, monto en el elefante. Me levanta con su trompa, pero puedo bajarme por mí misma; cuando estamos listos para acampar, él se sienta y me deslizo por su lomo.

Los pájaros y los animales son amistosos entre sí y no se pelean por nada. Todos ellos hablan y todos me hablan, pero debe ser en una lengua extranjero porque no puedo entender una sola palabra de lo que dicen; sin embargo, a menudo ellos me entienden cuando yo les hablo, en especial el perro y el elefante. Me avergüenza. Me muestran que son más inteligentes que yo y que, por lo tanto, son mis superiores. Me molesta, porque quiero ser yo el Experimento principal y eso me propongo ser.

He aprendido varias cosas y ahora soy educada, pero no lo era al principio. Al principio solí irritarme porque, a pesar de toda mi atención, nunca era lo suficientemente astuta como para estar cerca cuando el agua corría cuesta arriba; pero ahora no me importa. Experimenté un a y otra vez hasta aprender que nunca corre cuesta arriba, excepto en la oscuridad. Sé que lo hace en la oscuridad porque el estanque nunca se seca, lo que sí ocurriría, por supuesto, si el agua no volviese durante la noche. Es mejor demostrar las cosas mediante experimentos reales: así es como se conoce; en cambio, si uno depende de adivinanzas o conjeturas o suposiciones, nunca logrará ser educado.

Algunas cosas *no pueden* descubrirse; pero adivinando y suponiendo nunca se sabrá que no se puede: no, hay que ser paciente y seguir experimentando hasta descubrir que no se puede descubrir. Y es delicioso hacerlo así, porque hace todo muy interesante. Si no hubiese nada que descubrir, sería aburrido. Incluso tratar de descubrir y no poder descubrir es tan interesante como intentar descubrir y lograr descubrir. El secreto del agua era un tesoro hasta que lo obtuve; entonces perdió la gracia y tuve una sensación de pérdida.

Por medio de los experimentos aprendí que la madera flota, tanto como las hojas secas, las plumas y muchas otras cosas; por lo tanto, por toda esa evidencia acumulada uno sabe que una roca flotará; pero no basta sencillamente con saberlo, porque no hay manera de probarlo (hasta ahora). Pero yo voy a encontrar la manera... y entonces la gracia se perderá. Estas cosas me

ponen triste; porque así, de a poco, iré descubriendo todo y no habrá más gracia en nada, y eso es lo que me gusta. La otra noche no pude dormir pensando en eso.

Al principio, no podía darme cuenta de para qué me habían hecho, pero ahora creo que fue para investigar los secretos de este mundo maravilloso y para ser feliz y darle las gracias al Dador de todo por haberlo inventado. Creo que quedan aún muchas cosas por aprender (eso espero); y economizando y no yendo demasiado rápido creo que durará semanas y semanas. Eso espero. Cuando se arroja una pluma al viento, flota en el aire hasta que se pierde de vista; luego uno arroja un terrón y eso no pasa. Vuelve a caer, cada vez. Lo intenté una y otra vez y es siempre así. Me pregunto: ¿por qué? Por supuesto, no cae *en la realidad*, pero ¿por qué *parece* que lo hiciera? Supongo que es una ilusión óptica. Quiero decir, alguna de las dos lo es. No sé cuál. Puede que sea la pluma, puede que sea el terrón; no puedo demostrar cuál es, sólo puedo demostrar que una o la otra es un engaño, y que cada cual elija.

Por medio de la observación sé que las estrellas no van a durar. He visto a algunas de las mejores derretirse y caer del cielo. Si una puede derretirse, entonces todas pueden derretirse; si todas pueden derretirse, todas pueden derretirse la misma noche. Esa pena llegará, lo sé. Tengo la intención de sentarme cada noche y mantenerme en vela mirándolas tanto como pueda quedarme despierta; y voy a imprimir esos campos centelleantes en mi memoria, así cuando de a poco vayan desapareciendo pueda, por medio de mi imaginación, reponer esas preciosas multitudes en el cielo negro y hacerlas brillar de nuevo, y duplicarlas a través del velo de mis lágrimas.

DESPUES DE LA CAIDA

Cuando pienso en el pasado, el Jardín me parece un sueño. Era hermoso, de una hermosura insuperable, encantadora; y ahora se ha perdido y no lo veré nunca más.

He perdido el Jardín, pero lo he encontrado a él, y estoy contenta. Me ama tanto como puede; yo lo amo con toda la fuerza de mi naturaleza apasionada y esto, creo, es lo propio de mi edad y de mi sexo. Si me pregunto por qué lo amo, me doy cuenta de que no lo sé, y realmente no me importa demasiado saberlo; por eso supongo que esta clase de amor no es un producto de la razón y de las estadísticas, como el amor que se asiente por otros reptiles y animales. Creo que así debe ser. Amo a ciertos pájaros por su canto; pero no amo a Adán por la manera en que canta, no, no es eso: cuanto más canta menos me resigno. Sin embargo, fui yo la que le pidió que cantara, porque quiero aprender a gustar de todo lo que le interesa. Estoy segura de que puedo aprender, porque al principio no podía soportar su canto, pero ahora puedo. Es capaz de cortar la leche, pero no importa; puedo acostumbrarme a la leche cortada.

No es causa de su inteligencia que lo amo; no, no es eso. No hay que culparlo por el estado de su inteligencia, porque él no se hizo a sí mismo, él es como Dios lo hizo y eso es bastante. Hubo un propósito sabio en ello, eso lo sé. De a poco se irá develando, aunque creo que no será repentino; además, no hay apuro, está bastante bien tal como es.

No es por sus modelos graciosos y considerados ni por su delicadeza que lo amo. No, tiene defectos en al materia, pero está bastante bien así y está mejorando.

No es por laboriosidad que lo amo; no, no es eso. Creo que la lleva dentro, pero no sé por qué me la oculta. Es mi única pena. En o demás es franco y comunicativo conmigo, ahora. Estoy segura de que no me oculta nada, excepto eso. Me apena que guarde secretos conmigo y a veces pensar en eso arruina mi sueño, pero lo alejaré de mi mente; no va a turar mi felicidad que, por otra parte, está colmada.

No es por su educación que lo amo; no, no es eso. Es autodidacto y sabe realmente un montón de cosas; pero no sin así como él las sabe.

No es por su caballerosidad que lo amo; no, no es eso. Me ha lastimado, pero no lo culpo. Es una peculiaridad de su sexo, pienso, y él no hizo su sexo. Por supuesto que yo no lo hubiese lastimado, antes muerta; pero eso también es una peculiaridad de mi sexo de la que no voy a sacar ventaja, porque yo no hice mi sexo.

Entonces, ¿por qué es que lo amo? *Sencillamente porque es masculino*, pienso.

En el fondo es bueno, y lo amo por eso, pero podría amarlo aun cuando no lo fuera. Si me golpeara y abusara de mí, seguiría amándolo. Lo sé. Es una cuestión de sexo, pienso.

Es fuerte y apuesto, y lo amo por eso, y lo admiro y estoy orgullosa de él, pero podría amarlo sin esas cualidades. Si fuese simple lo amaría; si estuviese estropeado lo amaría; y trabajaría por él, y sería esclava por él, y rogaría por él, y velaría junto a su cama hasta morir.

Sí, pienso que lo amo simplemente porque es *mío* y es *masculino*. No hay otra razón, supongo. Y por eso pienso que es como dije al principio: que esta clase de amor no es el resultado de la razón y de las estadísticas. Sólo *llega* –nadie sabe de dónde– y no se puede explicar. Y no necesita serlo.

Eso es lo que pienso. Pero sólo soy una chica, y la primera que ha analizado la cuestión, y puede ser que en mi ignorancia e inexperiencia no lo haya hecho bien.

CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Es mi juego, es mi deseo que podamos irnos de esta vida juntos: un deseo que nunca perecerá en la tierra, sino que encontrará un lugar en el corazón de toda esposa amante, hasta el fin de los tiempos, y que llevará mi nombre.

Pero si uno de nosotros debe irse primero, es mi ruego que sea yo; porque él es fuerte, yo soy débil, yo no soy necesaria para él como él lo es para mí: la vida sin él no sería vida; ¿cómo podría soportarla? Este ruego también es mortal, y no cesará de ser elevado mientras mi raza continúe. Soy la primera esposa y en la última esposa me repetiré.

EN LA TUMBA DE EVA

ADÁN: Dondequiera que ella estaba, *allí* era el Edén.